

del SEÑOR, teniendo en su diestra la flamígera espada, y en su semblante un reflejo de la indignacion eterna, se puso á guardar las puertas del Paraiso, contra la raza criminal que habia osado profanarle con la culpa. . . .

Ved al hombre ya en la vasta soledad donde rugen las tormentas, donde quema el sol, donde se desatan los huracanes.... Vedle. . . . Ya no es aquel monarca resplandeciente de nobleza y gracia, á cuyos pies se tendian llenos de respeto el tigre y el leon: su frente arrugada por el pesar y la vergüenza, se inclina hácia una tierra ingrata; su pecho se comprime con el dolor y el miedo; sus plantas vacilan bajo el peso del infortunio.... Pero ved á la Religion consagrando el arrepentimiento, prometiendo una reparacion gloriosa del primer delito, é imprimiendo de nuevo en la frente del infeliz mortal un sello de grandeza, donde se ven todavía su noble origen y sus inmortales destinos.

Aquella sublime inteligencia, hija del sople de todo un Dios, quedó sujeta á los torpes instintos de la materia impura; y hé aquí al hombre marchando por sendas de perdicion y de muerte. *Toda carne habia corrompido sus caminos*, y el Señor quiso sepultar el corrompido linage bajo las revueltas aguas del diluvio. . . . Pero la Religion habia preservado á una familia de la corrupcion general, y recogió en el Arca los gloriosos restos del pueblo fiel.

En vano habia bramado la tempestad sobre la raza delincuente; en vano habia retumbado el trueno y estallado el rayo en medio del espantoso cataclismo. . . . El hombre dió al olvido la catástrofe, y el universo entero hubiera vuelto á sumergirse en las tinieblas del error, si la Religion no hubiera llamado á Abraham para continuar en su descendencia los prodigios celestiales.

En vano tambien se multiplicaron estos prodigios: en vano fué que el pueblo escogido viera sumergidos á sus perseguidores en el mar que le habia abierto paso por enmedio de sus aguas; en vano vió las plagas con que el Señor alligó á sus enemigos, el agua de la roca de Oreb, los relámpagos del Sinai y el maná del desierto; en vano vió caer los baluartes de Jericó á la vista del Arca santa. . . . Aquel pueblo ingrato adoró al beceiro y la serpiente, se olvidó de Dios y mató á sus profetas. . . .